

Política sexual agenciada en prácticas emergentes de movilización y acción política juvenil

Claudia García Muñoz

El artículo se enmarca en la investigación “Movilizaciones de acción política de jóvenes en Colombia desde la paz y la no violencia”, la cual buscó comprender procesos juveniles de acción política, utilizando para ello un enfoque cualitativo. Los resultados que se presentan, corresponden al colectivo “Ruta pacífica joven-Risaralda”, autodefinido como feminista, anti-militarista y pacifista, cuyas prácticas de acción política, están centradas en una política sexual que fisura el espacio público tradicional, desde sus resistencias al orden patriarcal, sus reclamaciones de equidad y el reconocimiento de las diversidades sexuales, expresadas en prácticas emergentes situadas en el cuerpo y sustentadas en la emocionalidad política. En suma, se trata de una acción política que busca reconciliar el saber teórico feminista, con prácticas cotidianas de la micro-política.

Palabras clave: subjetividad política, feminismo, acción política juvenil, política sexual, cuerpo, paz.

SEXUAL POLITICS AGENCIED IN EMERGING PRACTICES AND ACTION YOUTH POLICY MOBILIZING

The article is part of the investigation “Mobilization of youth policy action in Colombia for peace and nonviolence”, which sought to understand youth political action processes, using a qualitative methodology. The results presented correspond to the group “Ruta Pacífica Young-Risaralda”, defined itself as feminist, anti-militarist and pacifist whose practices of political action, are focused on sexual politics that crack the traditional public space, from its resistance to patriarchal order, their claims for equity and recognition of sexual diversity, expressed in emerging practices located in the body and supported in politics emotionality. In short, it is a political action that seeks to reconcile the feminist theoretical knowledge, with daily practices of micro-politics.

Key words: political subjectivity, feminism, youth practices mobilization and political action, sexual politics, peace, and non-violence.

INTRODUCCIÓN

Para comprender las condiciones de movilización y acción política de una experiencia colectiva juvenil como la Ruta pacífica joven-Risaralda, constituida como un movimiento social sexuado (Kergoat *et al.*, 1992), fue necesario partir de la intersección entre las dinámicas propias de un movimiento social y la incidencia que las relaciones sociales de sexo, tienen sobre las propias prácticas de movilización y enunciación política. Esta reflexión se desarrolló al tenor de la investigación “Movilizaciones y acción política de jóvenes, en Colombia”, realizada desde un enfoque comprensivo, complementado con estrategias participativas, la cual tuvo como objetivo principal, aportar conocimiento relevante sobre las formas de enunciación y las prácticas de las movilizaciones de colectivos juveniles vinculados con procesos de acción política, fundados en la paz y la noviolencia, así como las transformaciones y horizontes de sentido que proponen, en dichas claves.¹ Para ello se llevó a cabo un intenso trabajo de campo, a partir del cual se recogieron narrativas individuales y colectivas de aproximadamente 45 jóvenes pertenecientes a cinco experiencias colectivas juveniles,² reconocidas en el país por fundar sus acciones en la construcción de la paz y la noviolencia. Las técnicas utilizadas tales como grupos focales, entrevistas a profundidad, talleres participativos y microetnografías, permitieron describir, tematizar e interpretar subjetividades políticas juveniles en acción, mediante la identificación de sus formas de enunciación, erigidas desde la afectación y la disidencia, dando cuenta de su capacidad instituyente en la construcción de otras lógicas de poder, de manera alternativa a las lógicas instituidas de la política. Los resultados que a continuación se presentan, hacen referencia específica al colectivo “Ruta pacífica joven-Risaralda” y se presentan en tres dimensiones, a saber: los resultados que dan cuenta de las formas de enunciación y trayectorias en las prácticas de movilización y acción política de dicho colectivo, las deconstrucciones y desnaturalizaciones de sentidos que pone en acción, respecto a la paz, la noviolencia, la reconciliación y la democracia y, finalmente, un tercer componente que plantea

¹ Proyecto adelantado desde el 2013 y concluido en 2016, en el marco del programa: “Sentidos y prácticas políticas de niños, niñas y jóvenes en contextos de vulnerabilidad en el eje cafetero, Antioquia y Bogotá: un camino posible de consolidación de la democracia, la paz y la reconciliación mediante procesos de formación ciudadana”, proyecto cofinanciado por Colciencias y el Consorcio Universidad de Manizales-CINDE-Universidad Pedagógica.

² Ruta pacífica joven-Risaralda (Pereira), Cabildo indígena Universidad de Valle (Cali), Colectivo Antimilitarista (Medellín), Multipropaz (Cali) y Colectivo ambientalista (Pereira).

algunas reflexiones en torno al papel que desempeña la política sexual, como clave para comprender las formas emergentes de acción política juvenil de un movimiento social sexuado como la Ruta pacífica joven-Risaralda.

FORMAS DE ENUNCIACIÓN Y TRAYECTORIAS DEL COLECTIVO RUTA JOVEN-RISARALDA

Inicialmente, es importante señalar que la trayectoria del Colectivo Ruta Joven-Risaralda, está vinculada con el proceso mismo de desarrollo de la Ruta Pacífica de Mujeres, una organización nacional que se autodefine como una propuesta femenina y feminista de participación política, cuyo accionar ha estado centrado en el reconocimiento de los derechos de las mujeres y, particularmente, en visibilizar la violencia que se ha ejercido contra ellas, en medio del conflicto armado en Colombia. De este objetivo, se desprende su interés por trabajar en procesos de recuperación de la memoria histórica, en apoyo a un proceso de paz, verdad, justicia y reparación. Esta organización nace en 1996, y dos años más tarde se constituye formalmente como la Ruta pacífica de mujeres, organización que promueve la noviolencia y la paz. Actualmente, tiene representación en todo el territorio nacional y está agrupada por medio de regionales, las cuales continuamente realizan marchas, tienen presencia en escenarios locales y nacionales de paz y derechos humanos y recientemente adelantan una investigación sobre memoria histórica de mujeres que han sido víctimas del conflicto. En Risaralda, la Ruta pacífica de mujeres se integra alrededor de un colectivo de mujeres vinculadas a la “Casa de la mujer y la familia Stella Brand”, organización no gubernamental que se creó en 1984, con el objetivo de atender las necesidades de las mujeres y sus familias, mediante proyectos sociales y campañas por los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, haciendo parte de la alianza nacional por los derechos sexuales y los derechos reproductivos, La Colectiva, plataforma en la que se encuentra sustentado y enmarcado el evento “Sexo con café”, espacio de sensibilización y apoyo a las diversidades sexuales en el Departamento de Risaralda, el cual está siendo liderado actualmente por la Ruta pacífica joven.

Al tenor de todo este proceso, se crea el colectivo “Ruta joven”, el cual surge a partir de la convocatoria que en el 2002, realiza la lideresa de la Casa de la mujer y la familia, a un grupo aproximado de 15 estudiantes universitarias, cuyas edades oscilan entre 18 y 30 años, quienes por diversas razones se encontraban cercanas al trabajo de la Casa. Estas jóvenes son estudiantes provenientes de sectores urbanos, de clase media, todas ellas solteras, en su mayoría aún viven con sus padres y se caracterizan por su activismo juvenil, desde tempranas edades en el colegio, en los espacios comunitarios y actualmente en la Ruta pacífica. Son jóvenes cuyos relatos de vida muestran que aun

enfrentadas a contextos patriarcales, fueron estimuladas por sus familias a participar en escenarios sociales, donde se han hecho responsables de sus propias voces y luchas. La convocatoria de la lideresa, unida al trabajo realizado por la “Escuela de formación para la paz y la democracia”, donde se capacita a este grupo de jóvenes, desde una visión feminista, posibilita el surgimiento de la “Ruta pacífica joven” como una apuesta política diferencial dentro de la organización, que aboga por la inclusión de la perspectiva de la diversidad sexual, entre otras reivindicaciones. Este colectivo se identifica por un claro marcador generacional que en este caso particular, opera como un potenciador de la movilización, porque renueva las prácticas y vigoriza los discursos al interior de la organización. Aunque la diferencia generacional de estas mujeres, puede representar socialmente una condición de desigualdad que les discrimina y violenta, para este colectivo no opera bajo esta lógica, ya que ellas se autoperciben como mujeres cuyo empoderamiento como jóvenes universitarias, vinculadas a procesos académicos, las sitúa en lugares estratégicos de poder, donde son reconocidas y escuchadas.

Alrededor del surgimiento de la “Ruta pacífica joven”, sus integrantes reconstruyen los propios recorridos y experiencias, narrando su vinculación y trayectoria como la confluencia de acontecimientos propios a lo largo de sus vidas, especialmente sus experiencias participativas en la vida escolar y universitaria, que las prepararon e hicieron posible que pudiesen estar y ser parte de la Ruta pacífica hoy en día:

Mi trabajo de grado tuvo que ver con violencia de género, violencia de pareja; entonces digamos que el estar vinculada a la Casa de la mujer, me facilitaba muchas cosas en términos de la población, de conocer todo lo de género, movimiento feminista y todo, entonces fue como toda esa configuración de cosas que finalmente hizo que yo hiciera la práctica en la Casa de la mujer y luego fuese parte de la Ruta (entrevista 1).

En los diversos relatos donde ellas narran su trayectoria de vinculación a la Ruta, pueden señalarse tres escenarios que han marcado significativamente la manera de ser y de pensar de estas jóvenes, su actitud participativa y de afiliación feminista: la familia, el ámbito educativo (colegio-universidad) y otros espacios de participación alternativa como colectivos y grupos juveniles. En estos escenarios, ellas ubican las vivencias y experiencias que ligadas a acontecimientos específicos, en diferentes momentos de sus vidas, las han hecho ser lo que son:

Bueno, digamos que para mí el proceso de participación juvenil comienza realmente en el colegio. Yo estuve vinculada en una organización particular juvenil más en el marco de qué puedo hacer como estudiante; entonces siempre vinculada con los procesos que se desarrollaban dentro de la institución (entrevista 2).

De manera significativa, aparece en varios de los relatos la referencia a la familia vista como un escenario donde se aprende, se comparte, se conoce el mundo; pero la familia que se narra no es la familia idealizada, donde se construyen las relaciones de afecto; la familia que aparece en estas narraciones, es aquella construida por las dinámicas de poder que ahí se gestan. Desde esta visión, las relaciones que se tejen y las dinámicas propias que se dan a su interior, están señaladas por el modelo patriarcal donde el padre (hombre) es quien ejerce la autoridad y las mujeres obedecen y se dedican al cuidado de los demás. Este orden patriarcal es vivido por las jóvenes, como un orden legitimado, naturalizado y normalizado, que es fuente de desigualdad e injusticia y por tanto, les genera indignación y rechazo; lo que las moviliza a asumir una postura crítica ante él. De esta manera, surge una actitud de resistencia a este modelo de familia, donde la mujer está condenada a la subordinación instituida. Así lo testimonia el siguiente fragmento:

En términos personales yo estoy por varios motivos: el primero, por hacerle resistencia al modelo masculino y femenino que hay en mi casa, y con eso también darme mi lugar y mis cosas, y yo creo que la dinámica padre-hija, madre-hija, hermana-hermana, ha cambiado sustancialmente; vengo de una familia que es papá, mamá, hermana, somos cuatro y mi padre siempre fue muy machista, peor el machismo de antaño (entrevista 2).

Sin embargo, también se da el caso de algunas jóvenes que pertenecen a contextos familiares politizados, en los cuales se generan escenarios de contacto con la participación política y el interés por los asuntos públicos, especialmente los relacionados con la situación del conflicto interno del país y la paz. En estos contextos familiares, las mujeres han asumido un papel protagónico al menos en el discurso que circula a su interior, especialmente de izquierda o de oposición a un sistema y un orden de cosas; esto les permitió tener otros “modelos” de identificación femenina que de cierta manera, las sensibilizó y aperturó al movimiento feminista, generando una mirada en ruptura con lo que tradicionalmente se atribuye al “ser mujer” y de esta manera, han encontrado en la Ruta, una posibilidad de continuar con esa búsqueda y la afirmación de lo que ya en sus familias se había cultivado:

Yo pertenezco a una familia de mujeres feministas que no se reconocen como tal pero lo son y lo luchan y creo que participar en ciertos contextos con ese tipo de especificidades definitivamente marcan la diferencia, teniendo en cuenta que muchas veces la gente se deja llevar por las apariencias (grupo focal).

La crítica al orden patriarcal no se limita a la vida familiar, también se hace extensiva a los espacios escolares e incluso, hacia los espacios de participación alternativos.

En cuanto al escenario escolar, las jóvenes integrantes de la Ruta narran la forma como marcó sus vidas el hecho de pertenecer a colegios confesionales, fuertemente disciplinados y normatizados en roles de género machistas, que asumían la educación como el medio para formar mujeres “ejemplo”; esto las llevó a tomar una posición de “resistencia” frente al régimen patriarcal que la institución les imponía y que reproducía los estereotipos sobre el ser mujer y el papel que ésta debía asumir en la familia, en la sociedad y en la misma institución. Las formas de hacer resistencia a este orden, las impulsó desde temprana edad a desplegar una presencia activa en diferentes espacios de participación escolar. Ahí encontraron una posibilidad de manifestar sus posiciones, sus inconformidades y defender sus derechos como estudiantes:

Yo me lance a la personería estudiantil en el colegio y estudiaba en un colegio de monjas y yo me acuerdo que mi primer acto de resistencia contundente fue ahí, porque a mí me llamó la psicóloga del colegio y la vicerrectora a decirme que yo no me podía postular, que yo no era una mujer “ejemplo” para que pudiera liderar procesos en el colegio (grupo focal).

De la mano de lo anterior emergen otros escenarios alternativos de participación que las prepara para su trayectoria hacia la Ruta. Estos escenarios están representados en colectivos altamente politizados en ideologías de izquierda, que en el país tradicionalmente han ejercido la oposición. Pertenecer a colectivos tales como la Juventud comunista y Juventud patriota, les abre nuevos horizontes de reflexión sobre los temas del conflicto y la paz en Colombia, pero nuevamente emerge la crítica porque la forma cómo se reproducen las mismas estructuras patriarcales de participación al interior de sus dinámicas organizativas y participativas, en tanto el papel de las mujeres en el grupo aunque se declaraba democrático, en realidad era invisibilizado, subsidiario y, por tanto, no permitía que se sintieran representadas ahí. En suma, a pesar de pregonar la lucha por la igualdad de género, estos grupos no alcanzan a reconocer los intereses asociados con las desigualdades de género y la participación femenina es invisibilizada. Así lo relatan las jóvenes:

Yo empecé a ser parte de uno de los grupos de izquierda, más populares “Juventud patriota”, pero entonces ellos empezaban a plantear como la liberación del ser humano y todas estas teorías marxistas y todo el asunto pero había un punto en el que no se cubría a la mujer, entonces la mujer era como un cero a la izquierda y entonces uno como que empezaba a indignarse: bueno, aquí que pasó (grupo focal).

Contrario a las experiencias vividas en el colegio y en colectivos políticos juveniles, la universidad es vista como un escenario potenciador del despliegue participativo de

las jóvenes. La universidad marcó un salto cualitativo en sus procesos de participación política, porque el conocimiento adquirido y reflexionado empieza a despertar interés y conciencia por los asuntos políticos/públicos y a generar pensamiento crítico. Como lugar de formación, el espacio universitario posibilita posturas críticas frente al orden patriarcal y las diferentes realidades socio-políticas que vive el país. Es así como desde diversas disciplinas, se generan cuestionamientos que empiezan a ser acompañados por la teorización, lo cual las lleva a reconocer en el conocimiento, un potente mediador hacia la militancia pacifista y feminista.

Entonces cuando comienzo a ver los contenidos de psicología social es que me comienzo a preguntar por el orden social, me comienzo a preguntar: ¿pero por qué las cosas son como son, pero por qué?, y comienzo de alguna manera a intentar desnaturalizar todo ese proceso (entrevista 1).

Los cuestionamientos que surgen de estos nuevos conocimientos, despiertan el interés personal por conocer sobre estas formas de violencia, especialmente aquellas relacionadas con el género, y el impacto diferenciado que dichas violencias tienen en las vidas de las mujeres. Este interés las moviliza hacia la búsqueda de respuestas en sus prácticas cotidianas y en su quehacer profesional. Unido a lo anterior, un acontecimiento coyuntural al interior de la organización de la Ruta pacífica de mujeres a nivel nacional, potencia este proceso de re-conocimiento del contexto y su propia autorreferenciación. Se trata de la investigación nacional que adelantó la Ruta pacífica de mujeres, desde el 2010, sobre memoria histórica de las mujeres víctimas de violencia en el contexto del conflicto armado en Colombia, convirtiéndose en un escenario potente para articular los intereses académicos de estas jóvenes universitarias, con su militancia feminista. Al respecto, es importante señalar que aunque estas jóvenes ya manifestaban en sus trayectorias de vida, una fuerte inconformidad y crítica con el patriarcalismo vigente en sus espacios familiares y escolares, en general desconocían la propuesta feminista. Es justamente en su vinculación a estos espacios, que empiezan a darse los procesos de desnaturalización del patriarcalismo en la vida cotidiana, y la formación teórica en género y feminismo. Por tanto, el colectivo es visto como espacio de transformación personal, formación académica y ampliación de la conciencia femenina:

Entonces digamos que todo comienza allí y además digamos que se fortalece mucho más con la realización de mi trabajo de grado que tiene que ver con violencia de género; entonces digamos que ahí se comenzó a fortalecer todo lo que tiene que ver con la visión feminista de todo y desnaturalizar todas esas posiciones de los géneros (entrevista 1).

Aunque la Casa de la mujer y la familia y su articulación con la Ruta, es el acontecimiento que las jóvenes reconocen como el lugar de emergencia de su propio colectivo, también ha sido objeto de sus críticas por considerar que representa una visión feminista que generacionalmente no comparten. Asimismo, las jóvenes sienten que también al interior de la Ruta es necesario luchar por mayores espacios de participación, pues visiones generacionales en torno al feminismo y estructuras jerarquizadas centro-periferia se reproducen al interior de la organización, generan luchas de poder y tensiones que algunas veces debilitan su trabajo. Igualmente, aunque la emergencia de este colectivo está vinculada con una única causa política, cuyo hilo conductor fue la defensa de los derechos de las mujeres víctimas de violencia en el marco del conflicto armado, actualmente dicha causa se ha ampliado hacia la defensa de las mujeres víctimas de otras violencias silenciadas, como la cotidiana y la defensa de las identidades sexuales no normativas.

De otra parte, el colectivo se cohesionan y genera identidad y pertenencia, no sólo a partir de la racionalidad política que definen sus principios, sino ante todo, en la afectividad que expresan en sus encuentros, en sus formas de enunciación y movilización, configurando un escenario donde se reconocen afectivamente y se acogen con sororidad, entendida como aquella dimensión ética y política del feminismo, donde se resalta la alianza y solidaridad de las mujeres, en tanto comparten un orden de opresión, contra el que luchan en unión y apoyo mutuo (Lagarde, 2005). Esta trama afectiva se imbrica en procesos de reconocimiento de sus cuerpos:

Digamos que en los talleres de la Ruta siempre hay una introducción de qué es la Ruta [...] entonces para mí es muy importante conocer la historia para conocer el presente; entonces desde el punto de vista teórico se dio como toda esa representación que hizo como sentirme, como moverme, como me siento identificada con los postulados de la Ruta y por otra parte conocer la parte simbólica, la parte del cuerpo, la forma cómo la ruta mira el cuerpo de las mujeres (taller 1).

En lo anterior se evidencia un doble proceso de configuración de la identidad de este colectivo: por un lado se propicia la unidad a partir de la racionalidad política derivada de la resonancia ética con los postulados de la Ruta nacional, como la apuesta política por la negociación del conflicto y la paz de Colombia, desde una ética de la no violencia y antimilitarista; por otro, se logra cohesión a partir de una “afectividad política” que parte de la importancia y centralidad del cuerpo de las mujeres significado en sus discursos; el cuerpo es asumido y sentido como “territorio de paz”, constituyendo el marcador identitario desde donde se posicionan, se movilizan y despliegan su acción política. En este orden de ideas, el sentido que este colectivo le atribuye al cuerpo como

marca identitaria, tiene que ver con la posibilidad de pertenecer a un grupo con el que se es afín; los cuerpos son más que la reunión de sus integrantes y pasan a configurar una red, un mismo territorio. Así lo expresa Segato:

Por eso podemos decir que los cuerpos mismos son el paisaje y la referencia, como portadores de los signos que componen la heráldica que emblematiza la propia existencia de la red, de este territorio en rebaño y siempre en expansión y consolidación (2014).

Como ya se mencionó, la resonancia ética de este colectivo lo lleva a asumir un compromiso decidido de apoyo a los procesos de paz negociada del conflicto interno. Su visión institucionalizada de los mismos se articula a movilizaciones en pro de las negociaciones de La Habana, dentro del marco del reconocimiento institucional del Estado. A la Ruta joven no le interesa actuar ni promover sus procesos de acción política, por fuera de los marcos y espacios institucionalmente reconocidos. Todo lo contrario, este colectivo busca que su acción política incida en las instancias estatales, logrando permear dichas estructuras para visibilizar, posicionar y construir una perspectiva de paz desde las mujeres, misma que implica repoblar el espacio público con nuevas ciudadanías que deconstruyan los saberes instituidos, formalizados en torno a la relación entre los sexos. Por tanto, el espacio público es repoblado con los cuerpos de las jóvenes de la Ruta, que se identifican como agentes de resistencia femenina a un orden opresivo y violento. Es en este sentido que la territorialidad del género y la generización del territorio, adquieren significación, pues se trata de reconocer “este entramado de relaciones entretejidas entre género y territorio en la construcción de la identidad” (Calvillo, 2012:264).

Para la Ruta joven, el repoblamiento del ámbito público se logra mediante una estética del “cuerpo visible” que rompe con la estética que traía la Ruta tradicionalmente y que encubría el cuerpo con el luto de sus vestimentas y transmitía con su marcha silenciosa, el dolor de la guerra y la violencia. La necesidad de oxigenar estas formas de aparición de las “mayores” y transformar las prácticas mismas de movilización, hicieron que el colectivo de jóvenes, sintiera la necesidad de reactivar el movimiento desde otras lógicas generacionales y otra discursividad en el ámbito público; por tanto, sus movilizaciones están llenas de colorido, agitación, exuberancia estética, remarcando la agencia y pluridiversidad del cuerpo:

Pues la aparición de mujeres jóvenes oxigena en muchos sentidos, entonces por lo general en las prácticas y en las dinámicas, por ejemplo vincular todo el tema artístico en las movilizaciones, las movilizaciones de las mujeres que hacía antes eran movilizaciones muy en el ritmo de la estética del silencio, en el tema del luto, cuando aparecen todas

estas viejas –que no que el arte, que yo hago el performance, que yo me empeloto, que yo me pinto–, pues claro eso reactiva unas dinámicas muy distintas (grupo focal).

Actualmente, el colectivo afronta a su interior un proceso de reorganización, bajo formas flexibles, desjerarquizadas y equitativas de participación, en contraposición con formas esquemáticas tradicionales y ortodoxas de participación que priman en otros modos organizativos. Este colectivo apela básicamente al autoaprendizaje y formación política de sus integrantes, lo cual les permite cualificar sus procesos organizativos y sus intervenciones públicas y comunitarias, desde un escenario de trabajo donde se facilita el diálogo abierto y franco, así como una comunicación sin censura, para resolver tensiones y conflictos internos, para tomar decisiones colectivas por consenso y para autoformarse en estas luchas. Sin embargo, este colectivo no escapa a las tensiones y rivalidades que se presentan en las organizaciones tradicionales, pues algunas prácticas organizativas heredadas principalmente de la dirección de la organización nacional, reproducen esquemas centralizados y jerarquizados que entran en tensión con los procesos horizontalizados y de renovación local, mostrando una mayor apertura para favorecer el relevo generacional en los liderazgos de la organización, en la distribución de roles y en la reforma de los procesos internos de la ruta, lo cual contribuye a una mejor disposición para tratar temas emergentes dentro del colectivo, tales como las diversidades sexuales o la puesta en cuestión de la visión esencialista sobre el sujeto de reivindicación del feminismo “la mujer”:

Para mí la experiencia de pertenecer a la Ruta joven ha sido significativa, no sólo en términos de que ha sido abierta a varias perspectivas, que no se tiene una definición unívoca de lo que significa ser feminista, de lo que significa ser mujer, sino que por el contrario se promueve la diferencia, se promueve que cada cual busque sus propios significados, sin necesidad de adaptarse a unos estándares ya previamente establecidos (grupo focal).

Por otra parte, sus prácticas de movilización atadas a formas de resistencia, encuentran su expresión en formas discursivas contestatarias: “Obviamente no hace parte de mí quedarme callada” (entrevista 1). Aquí se destaca la palabra como medio para pronunciarse ante lo que no se está de acuerdo y para propiciar diálogos públicos con otros, a partir de los cuales circulen los discursos de resistencia. La resistencia que moviliza la Ruta joven implica una ruptura con la racionalidad política instalada y el tránsito hacia otras formas de acción política vinculadas con la “emocionalidad política” y con la visibilización por medio de un discurso público de denuncia y reivindicación. Sin embargo, esta resistencia no se opone en todo al orden instituido, pues es claro que

las jóvenes de la Ruta reconocen la importancia de la institucionalidad estatal, por ello buscan que sus procesos de movilización y acción política, pasen por concretarse en campos políticos y públicos instituidos y legitimados.

Yo creo que se tiene la visión formal de la democracia y se defiende mucho la idea de que haya mujeres en los espacios públicos de decisión, pero también se entiende que no por el hecho de que una mujer sea senadora, gobernadora o alcaldesa, pues se va a garantizar introducir todo el tema de género en las agendas públicas, pero creo que ese sigue siendo un tema al que la Ruta le apuesta, es la participación y la democracia formal, pero también le sigue apostando a estos otros mecanismos o escenarios de democracia y de participación (entrevista 3).

LA ACCIÓN POLÍTICA DE LA RUTA JOVEN-RISARALDA: SUS DECONSTRUCCIONES Y TRANSFORMACIONES EN TORNO A LA PAZ, LA DEMOCRACIA Y LA NOVIOLENCIA

Antes de plantear los resultados de este núcleo, es necesario realizar una breve precisión sobre la forma como son concebidas las deconstrucciones y transformaciones, desde la experiencia misma de este colectivo. Las jóvenes pertenecientes a este colectivo, se asumen como sujetos políticos que pertenecen y están siendo en la Ruta joven, a partir de lo cual han generado una narrativa biográfica, más allá de la temporalidad tridimensional, lineal del pasado, presente y futuro de sus trayectorias y más bien, está ligada a las experiencias del acontecimiento (Arendt, 1988). En este orden de ideas, el aprendizaje de este colectivo, está marcado por algunas experiencias significativas que se han convertido en acontecimientos. Estos últimos constituyen experiencias que no necesariamente pasan por el discurso, “[...] porque acontece fuera de las relaciones lógicas, incorporando lo paradójico y el sinsentido [...] Lo que se abre a través de la experiencia como acontecimiento, es un campo de potencias que irrumpe en las formas de relación consolidadas, dando lugar a lo inédito” (Flores, 2011:321).

Al respecto, las jóvenes destacan vivencias que no necesariamente se refieren a sucesos concretos, pero en todo caso, se convierten en acontecimientos. En todos éstos, resalta un sentido de colectivización, una especie de conciencia colectiva, un convencimiento intuitivo en que el trabajo solitario no logra incidir ni transformar realidades, aunque también abogan por aquellas revoluciones en la vida microsocial, en la cotidianidad de cada sujeto, a partir de las cuales se forjan nuevas realidades.

Un acontecimiento que identifica a la Ruta joven está relacionado con el impacto que tiene la violencia derivada del conflicto interno, en las mujeres. A partir de una investigación realizada por la Ruta pacífica de mujeres, en la que participan las jóvenes

de la Ruta, ellas entran en contacto directo con las mujeres víctimas del conflicto y esto las conmueve, las transforma, les genera una sororidad y compromiso con la necesidad de contribuir al cambio de estas realidades.

Hace muchísimos años entonces comencé a hacer mi proceso de pre-práctica en la Casa de la mujer y me gustó mucho pues la dinámica estar ahí, cuando eso, estaban haciendo [...] como que, estaban iniciando lo de memoria histórica de las mujeres víctimas; bueno, como todo eso entonces me llamó mucho la atención y quedé enganchada de alguna manera (entrevista 1).

Por tanto, la investigación desarrollada con mujeres víctimas del conflicto, se convierte en medio y fin; medio para conocer realidades y fin para generar cohesión y visibilidad del colectivo. La investigación representa un medio para generar conocimiento y lograr el empoderamiento de las mujeres. El ser reconocidas a nivel nacional, por este trabajo investigativo, les ha traído importantes satisfacciones en diferentes planos: en lo académico como investigadoras y dentro del movimiento social de mujeres como activistas destacadas, pero también les ha permitido comprender las realidades que acontecen con otras mujeres que viven la violencia de todo tipo (sexual y física) y esta identificación con sus vivencias de dolor, pero a la vez de reconciliación y esperanza, ha reconfigurado la visión sobre sus propias historias de vida.

Cuando hicimos los testimonios para el informe que hizo la Ruta, nosotras documentamos 114 casos en la región y habían unos que a mí me tocaban y me movilizaban mucho, pero cuando empezamos a ver todo el proceso de apropiación de las mujeres con las que nos contactábamos en Supia, Riosucio o en Chinchina y empezarlas a ver [...] y me pareció súper bonito mirar cómo estas mujeres habían transformado también sus vidas (entrevista 31).

Ahora bien, otro acontecimiento en la trayectoria de acción política juvenil de este colectivo, está referido al descubrimiento de la memoria como mecanismo de incidencia feminista, al menos en dos vías: en los procesos de constitución como sujetos políticos y en los procesos de reconstrucción y reconciliación pacífica de las mujeres víctimas de “violencias”. En la primera vía, las jóvenes refieren experiencias significativas tempranas de participación, y la memoria de estas experiencias, se convierte en su capital simbólico desde el cual configuran su subjetividad política y se autorreconocen.

Digamos que cuando ingresé a la Ruta, estaba iniciando mi universidad, entonces no tenía como otros espacios; aparte del colegio, donde estaba haciendo como

unas incidencias en el consejo directivo [...] creo que estas experiencias fueron muy importantes en mi preparación para la participación (entrevista 2).

En la segunda vía, la memoria se convierte en mecanismo de incidencia política utilizado para la “sanación” y, por ello, en las movilizaciones públicas y en los encuentros con mujeres víctimas, las jóvenes de la Ruta realizan rituales de sanación para exorcizar los fantasmas del odio, del resentimiento y del miedo donde la memoria desempeña un papel central para reivindicar el recuerdo de quienes murieron, la memoria para sanar el cuerpo de las heridas visibles e invisibles y para perdonar inclusive a los victimarios, al romper el silenciamiento de las violencias hacia las mujeres y encontrar el camino para contribuir a su sanación. La memoria entonces es el mediador hacia la reconciliación y la paz.

La investigación de memoria histórica, en términos personales yo creo que fue afrontarme por lo real y ver que aquí pasa y pasan muchas cosas; ser documentadora me pareció supremamente pesado a nivel psíquico y anímico porque no es fácil ver que alguien le cuente a uno, que con la cabeza del esposo jugaban fútbol [...] y uno creería que eso son cosas que no pasan en la vida real, pero cuando uno está haciendo una entrevista, cuando la mujer se quiebra contando eso, cuando ella llora desde el alma y desde el corazón, contando que eso es real y que realmente pasa, yo creo que eso ya son cosas que lo tocan a uno mucho y que tienen que tocar a cualquiera (entrevista 1).

Los procesos de reparación son comprendidos y abordados por este colectivo desde lo que ellas denominan “emocionalidad política”, por oposición a la racionalidad política, lo cual implica para estas jóvenes reconocer que las emociones, los afectos, la ética y el conocimiento situado, son la base de la acción política transformadora y constituye el entramado para el logro de una sociedad donde prime la democracia, la paz y la noviolencia. En este sentido, las prácticas organizativas y políticas del colectivo están dirigidas a privilegiar formas de participación e incidencia, tanto a su interior como hacia afuera con otros grupos, donde se vinculen las emociones, el cuerpo, la comunicación intersubjetiva, la estética y la ética.

Es que la ruta siempre trabaja en muchas cosas, pero una es el autocuidado y el trabajo de cuerpo y entonces claro, para muchas era extraño venir acá y la primera actividad es el trabajo de cuerpo en los talleres; entonces como desde lo más simple como aprender a digamos [...] que a escuchar nuestro cuerpo, a sentirnos, a sentir al otro a través de nuestros sentidos; también es que primero estamos haciendo una transformación en nosotros desde adentro para poder transformar hacia afuera, y eso siempre en cada actividad de la ruta está, siempre hay un trabajo de cuerpo, siempre hay un trabajo muy

emocional, muy íntimo y ya se realizan estas actividades, porque primero necesitamos estar bien, para poder estar en la lucha y en la postura que estamos (grupo focal).

A partir de estos acontecimientos, el colectivo plantea algunas deconstrucciones que tienen que ver en primer lugar, con la deslegitimación de la lógica del sentido, lograda a partir de una experiencia de la repetición, instalada en un plano vertical; es decir, estos acontecimientos desinstalan la verticalidad y linealidad de la lógica del sentido y se localizan en las experiencias circulares del cuerpo, a partir del extrañamiento de la propia corporalidad, que lleva a las jóvenes a cuestionarse sobre lo que significa la corporalidad generizada, en un mundo construido por hombres.

En segundo lugar, las jóvenes abogan por la deconstrucción de imaginarios dominantes sobre los géneros y plantean la necesidad de reivindicar la performatividad del sexo, a partir del reconocimiento de la pluridiversidad sexual y la emergencia de nuevas identidades sexuales. Esta necesidad de redimensionar el sentido de la Ruta, más allá de la integración exclusiva de mujeres, implica aperturarse a la vinculación de hombres que se identifican y son afines a su causa política. Por ello, luchan por el reconocimiento de nuevas identidades sexuales y por el posicionamiento de un imaginario de mujer independiente, titular de derechos, desinstalando un feminismo centrado en la imagen de mujer heroína, donde también circulan lógicas de poder y jerarquías que excluyen y no permiten ampliar el trabajo por los derechos de las diversidades sexuales. Esta perspectiva colectiva, amplifica sus comprensiones y renueva su accionar:

Hemos cuestionado el tema del construir con el otro y el otro masculino; independiente que sean hombres, porque igual la tensión la vivimos, lo que pasa es que yo siento que aquí nosotras tenemos una relación de poder que Ruta joven ha construido también fuerte. Entonces cuando aparecen los hombres nosotras ahí mismo saltamos y decimos: son nuestros compañeros, es un amigo o un interesado otro que le gusto y está aquí y punto. Entonces como que de alguna manera hemos enfrentado ese asunto. Y el otro asunto que creo yo y eso tiene que ver también con el enfoque feminista tradicional, que hemos empezado a mover un poco y es el tema de las diversidades sexuales y eso lo hicimos nosotras [...] porque incluso hubo un momento que lo hicimos completamente y fue el de cuestionar el logo, el nombre, cuestionar la clausura feminista y es que aquí tenemos que hablar de diversidades sexuales porque ellas también sufren violencia de género (grupo focal).

Aun reconociendo estas tendencias internas, los hallazgos nos muestran que la perspectiva dominante al interior de la Ruta joven, está más próxima a un feminismo de la diferencia, pues el elemento articulador del colectivo juvenil, se inspira en la Ruta nacional, cuyo propósito central es la lucha contra las violencias ejercidas sobre

las mujeres, asociadas al conflicto y la guerra, considerando que éstas tienen unas afectaciones específicas y por tanto deben ser objeto de intervención diferencial, desde el “enfoque de mujer”. En este orden de ideas, proponen deconstruir los discursos estatales en torno a la ruta de intervención de las mujeres víctimas, proponiendo a cambio una “ruta de sanación” que promueven la humanización de la atención a las mujeres víctimas y la incorporación de una mirada sensible que reconozca el mundo de los afectos y los sentires, atribuidos tradicionalmente a las mujeres. En consecuencia, las deconstrucciones de este colectivo están determinadas por la prevalencia de una política sexual, inspirada en el reconocimiento de nuevas ciudadanías y la reivindicación de la equidad entre los sexos.

La Ruta joven también encuentra una posibilidad de ampliar su incidencia política, en otros espacios diferentes al académico, tales como el gubernamental y el comunitario. En éstos, ponen en circulación sus saberes académicos y sus praxis profesionales. Asimismo, este colectivo asume una postura de resistencia activa, la cual es ejercida dentro del mismo sistema, a partir del intercambio de saberes y de una participación permanente y en red con otras organizaciones, para ganar representatividad y ampliar la comprensión sobre la realidad del conflicto armado. A partir de esta resistencia activa ejercida “desde dentro de la política”, en el ámbito instituido formal y no en la periferia ni en las márgenes, buscan representación y protagonismo político, pues consideran que desde ahí se pueden generar las transformaciones del poder instituido, generando espacios donde se traten integralmente, los temas de género y paz, aportando a una democracia sexual (Fassi, 2012).

Para este colectivo, la democracia sexual cuestiona radicalmente la noción de la democracia formal, instituida, pues ésta representa la negación de lo diferente y su procedimiento “falsifica” la participación en aras de dar sostenibilidad al poder político de élites. Por ello, el colectivo asume el ejercicio de una democracia sexual, en tanto ésta promueve especialmente la participación y el reconocimiento de aquellas identidades sexuales no normativas, cuyas voces han sido excluidas y desempoderadas y cuyos posicionamientos dentro de una matriz de poder, las sitúa y afecta de forma diferencial. En este orden de ideas, sus reivindicaciones abogan por una garantía de derechos que consulte las necesidades específicas de estas identidades, aunque son conscientes que el sistema impone barreras para la incorporación de la perspectiva de la diversidad y para integrar las reivindicaciones feministas. Así queda expresado en el siguiente fragmento narrativo:

Digamos que la democracia para mí en términos muy cotidianos es como que todos podamos participar, que todos podamos hablar y se supone que todos deberíamos ser escuchados ¿cierto?, pero cuando yo pienso en ese concepto básico, comienzan a salir

como unas aristas, como todo lo que tiene que ver con el sistema que realmente no es tan democrático, que realmente no podemos participar, que a veces ni siquiera nos escuchan y que entonces mejor nos abstenemos y no participamos (entrevista 1).

En cuanto a la paz y la noviolencia, la Ruta joven considera que estas dos causas políticas, son indisociables en tanto la noviolencia es considerada como una estrategia política necesaria para incidir eficazmente en la paz, pues a partir de ella, se pueden lograr cambios necesarios para hacer frente a los múltiples conflictos que se presentan en la sociedad, entendiendo que éstos son constitutivos de lo humano y tienen que ser afrontados con formas de acción pacífica, eliminando cualquier intervención que implique violencia o daño al otro. En este marco de actuación, la paz para este colectivo, debe estar orientada hacia la reconciliación, y sus mediaciones deben ser dadas por procesos de memoria y sanación de las mujeres víctimas de estas violencias. Asimismo, las jóvenes consideran indispensable incluir a los hombres en esta mirada de equidad, superando los discursos sobre la venganza y el odio, que invisibilizan otras posibilidades de paz. Para estas jóvenes, resulta esperanzador y estratégico incidir en primer lugar en sus propias vidas, generando transformaciones localizadas, tanto en ellas como en las mujeres que las rodean y, posteriormente, en sus relaciones con los hombres, llevando un mensaje de no sometimiento y movilización de resistencias ante la dominación y la violencia.

En este marco de acción, la paz para este colectivo es necesariamente una paz engendrada, que parte de reconocer el vínculo directo entre violencia y patriarcalismo y, por tanto, busca superar estas relaciones de dominación, integrando la paz positiva, la paz negativa y los elementos estructurales de la seguridad humana para “alcanzar la noviolencia activa (*ahimsa*) y la armonía entre grupos sociales” (Oswald, 2015:63). Esta paz está inspirada en una ética del reconocimiento de la mujer como sujeto político, que decide con autonomía sobre su cuerpo y su vida.

Por otra parte, los horizontes de futuro de este colectivo están dirigidos hacia un posible escenario de post-conflicto. En dicho escenario, resulta clave el trabajo con los actores armados responsables de múltiples violencias, pero también con las mujeres de base, quienes han sufrido de manera más directa los efectos de dichas violencias, desarrollando procesos que desinstalen dichas violencias, desde sus espacios cotidianos y no sólo desde espacios institucionales/militares.

El postconflicto, aunque sea visto como un horizonte esperanzador, también es un escenario de riesgo porque puede convertirse en un proceso de desactivación de la acción política del colectivo, ante la posibilidad de que la Ruta pueda ser cooptada dentro de estructuras politizadas y utilitaristas por el imaginario que existe sobre las mujeres “pacifistas” y tejedoras de reconciliación.

En suma, las resistencias que movilizan este colectivo juvenil están fundadas en una política sexual, que integra la perspectiva de equidad de género y se activa mediante la ruptura con la hegemonía de la racionalidad política, para transitar hacia formas de acción política que vinculen la emocionalidad política, cuya trama afectiva está integrada por sentimientos ligados a la sororidad y el reconocimiento. Esta trama afectiva es visibilizada mediante nuevos lenguajes, que buscan posicionarse en el ámbito público y cuyo locus de realización preferente es el cuerpo, ya no solamente como *cuerpo-territorio*, sino también como *cuerpo-agencia* (Esteban, 2006), a partir del cual las jóvenes de la Ruta despliegan sus formas de movilización y acción política y “construyen los marcos interpretativos que dan sentido a su experiencia política” (Bonvillani, 2013).

Ahora bien, este colectivo ejercita su acción política al menos en dos sentidos relevantes: de un lado, busca expandir su acción política “apareciendo” en los ámbitos públicos instituidos de la ciudad, gestionando proyectos de investigación y desarrollo, mediante los cuales puedan aportar a los cambios en las comunidades de mujeres y de identidades sexuales diversas y, por otro lado, le apuesta a la incidencia política mediante la transformación personal y la consolidación de los propios proyectos de vida de sus integrantes. En este sentido, la acción política es desplegada en lo público, pero sustentada desde lo personal, desde la propia subjetividad política. De esta manera, se evidencia una acción política entendida como participación de los sujetos políticos en el ámbito de lo público, en cuya trama de interrelaciones, circulan intereses y tensiones que revelan el carácter constitutivo de libertad de dichos sujetos, permitiéndoles desplegar su potencia para crear nuevos ordenes, a partir de la mediación de su palabra (Arendt, 2007); pero a su vez, la acción política actúa en el ámbito de lo privado, lo subjetivo, en tanto lo personal es considerado político, tal como Millet (1995) lo señaló al mostrar que todos aquellos dispositivos y mecanismos encaminados a legitimar y perpetuar el orden de dominación patriarcal, operan tanto en las esferas públicas como en el ámbito privado de la familia, las relaciones afectivas, la sexualidad, etcétera. Igualmente, este tipo de acción política activa las movilizaciones del colectivo sustentadas en “la estrecha vinculación entre el análisis teórico y la práctica que caracteriza al feminismo” (De Miguel, 1997:178).

POLÍTICA SEXUAL: CLAVE PARA COMPRENDER LA ACCIÓN POLÍTICA DE LA RUTA JOVEN-RISARALDA

Tal como lo evidencian los hallazgos obtenidos, la acción política de la Ruta joven puede ser considerada como una apuesta de política sexual juvenil, que busca desinstalar el locus tradicional de la política, dominado por la racionalidad y a partir del cual se

han invisibilizado otras formas de existir en el mundo, buscando que se desplieguen múltiples narrativas, en voces que evidencien la pluridiversidad en la que se expresa el sexo/género, desinstalando con ello la fijeza de la identidad sexual heteronormativa. Esta política sexual reconoce el papel sustantivo de la perspectiva performativa en la configuración de sujetos políticos (Butler, 1993); señala la incidencia que tienen para los sentidos políticos, la centralidad del cuerpo, el género, la sexualidad y el deseo, vinculados con una dimensión ética que apela a la justicia y el reconocimiento. Así, reconocer la reformulación de la materialidad de los cuerpos y sus procesos de generización, implica examinar el papel de la performatividad en este proceso. En palabras de la propia autora:

La comprensión de la performatividad, no como el acto mediante el cual un sujeto da vida a lo que nombra sino, antes bien, como ese poder reiterativo del discurso para producir los fenómenos que regula e impone [...] una reconcepción del proceso mediante el cual un sujeto asume, se apropia, adopta una norma corporal, no como algo a lo que estrictamente se somete, sino, más bien, como una evolución en la que el sujeto se forma en virtud de pasar por ese proceso de asumir un sexo (Butler, 1993:19).

En consecuencia, esta política sexual de la Ruta joven lo lleva a desplegar una acción política basada en un ejercicio de democracia sexual, cuyas reivindicaciones están dirigidas al logro de la equidad de género y el reconocimiento de la diversidad sexual; este colectivo busca aportar a “un progresivo avance de la libertad sexual” (Sabsay, 2011:32). El ejercicio de la democracia sexual orientado hacia el respeto por la diferencia, el reconocimiento de las nuevas identidades sexuales y a destacar el papel de las mujeres en la sociedad actual, implica en términos de subjetividad política de sus integrantes, una toma de posición de resistencia frente al sistema; un sistema que se impone en términos de orden patriarcal, guerrerista y violentador especialmente sobre las mujeres, pero también sobre las identidades sexuales no normativas. En medio de esta complejidad social, la gubernamentalidad no logra un control regulatorio total, y antes bien, en el impulso de una política sexual reivindicatoria “puede encontrarse el potencial necesario para la resistencia, para una sexualidad que exceda la norma y un impulso democrático radical” (Sabsay, 2011:37).

Asimismo, esta política sexual se conecta con una acción política basada en una pedagogía social que aboga por la reivindicación de las mujeres como sujetos de derecho. Esta reivindicación está anclada a la denuncia y visibilización de las diferentes violencias que se han ejercido sobre las mujeres, en todo los ámbitos de la vida y no sólo en contextos de conflicto interno armado, aunque en este contexto, la violencia sexual resulta ser el dispositivo de control más eficaz para dominar y degradar a las

mujeres, lo cual produce fuertes sentimientos de indignación y rechazo en las jóvenes, convirtiéndose en el *leitmotiv* para cohesionarse y luchar contra este régimen de violencia patriarcal. Para ello, el colectivo se concentra en la sexualidad y los derechos sexuales de mujeres, en contextos de guerra y los espacios de encuentro y diálogo público, son mediados por la lúdica y la estética, cuyo eje principal es el cuerpo y su sexualidad. En suma, la política sexual de este colectivo busca resignificar el cuerpo como “territorio”, tomando posesión del espacio geográfico, para afirmar la autonomía de las mujeres, a partir de la libertad y la toma de decisión sobre su corporalidad. De esta forma, el cuerpo/territorio configura el espacio social, más allá de sus contornos geográficos (Karsten y Meertens, 1991). Al respecto, el siguiente fragmento narrativo:

Quando hacemos “Sexo con café” hacemos un ejercicio de demanda de la ciudadanía, al cual nosotrxs no le podemos sacar el cuerpo... hay un compromiso político que creo que es bueno, que surge también del compromiso que hemos tenido nosotras y que también nos divierte y nos parece chévere; entonces también nos pintamos, nos disfrazamos, nos inventamos desde nuestros cuerpos, porque además es un evento que se hace jugando siempre, participando, todo el mundo tiene que hablar [...] y ha surgido desde aquí, de ese escenario de la Ruta joven vinculado con el tema de la diversidad sexual, entonces le hemos dado vía libre porque creemos que es escenario muy potente de visibilización (grupo focal).

Asimismo, la autonomía de las mujeres, mediante sus cuerpos como territorio político, implica asumir dichos cuerpos desde una materialidad que puede ser performada, más allá de los estereotipos generizados de la cultura patriarcal opresiva. De esta forma, esta performatividad corporal es expresada como un sello de identidad en el accionar colectivo; el performance, la pintura sobre el cuerpo, el vestuario, las escenografías corporales, entre otros, son algunas de estas formas de enunciación política, a partir de las cuales ponen en circulación mensajes de ruptura con una visión homogenizada de la sexualidad, encasillada en la dicotomía entre géneros y el patriarcalismo. Este aspecto marca un distanciamiento significativo con las formas de movilización y acción política que tradicionalmente han liderado las mujeres de generaciones precedentes dentro de la Ruta, las cuales están caracterizadas por una simbología del dolor, expresada en el luto que portan y el silencio en sus rituales, mientras que la Ruta joven prefiere la visibilización estética de los cuerpos, a partir de la puesta en escena con colores llamativos, el performance y las arengas como discurso a partir del cual circulan los testimonios y las consignas políticas.

Aunque el cuerpo como territorio político sea un marcador distintivo de sus prácticas políticas, para este colectivo es claro que dichas prácticas se pueden banalizar

si no se acompañan del conocimiento generado en la investigación; así, las jóvenes supeditan el impacto de las prácticas estéticas corporalizadas, según el respaldo de las mismas. De hecho, consideran que su acción política no contribuirá verdaderamente a la transformación, si no está soportada en una práctica investigativa, considerada como dispositivo de incidencia política, mediante el cual se puede generar un conocimiento emancipatorio que fracture la relación saber/poder.

Finalmente, el futuro de este colectivo no está planteado como un camino construido ni acabado. Nada es estático en su accionar político; todo es un permanente devenir, una interpelación constante al mundo que habitan, un movimiento sostenido que busca el cambio, inspirado en el ideal de una democracia sexual. En suma, el colectivo “Ruta joven” es un catalizador que contribuye a la emergencia de otros mundos posibles; un escenario privilegiado para que estas jóvenes ejerzan una política sexual que transforma y las transforma. Así lo concluye una de sus integrantes:

Se trata de un espacio que nos construyó pero que ayudamos a construir todas, desde nuestra subjetividad política y nuestra participación y por supuesto, desde la propia transformación de nuestras visiones frente al mundo (taller 1).

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (2007). *¿Qué es la política?* Buenos Aires: Paidós.
- (1988). *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bonvillani, A. (2013). “Cuerpos en marcha: emocionalidad política en las formas festivas de protesta juvenil”, *Revista Nómadas*, núm. 39, Bogotá: Universidad Central, pp. 91-103.
- Butler, Judith (1993). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós.
- Calvillo, M. (2012). “Territorialidad del género y generidad del territorio”, en Álvaro López y Eugenia Reyes (coords.), *Explorando territorios: una visión desde las ciencias sociales*. México: UAM-Xochimilco.
- De Miguel, Álvarez, A. (1997). “Lo personal es político”, *Revista Internacional de Filosofía Política* (RIFP), vol. I, núm. 9, Madrid [<http://e-spacio.uned.es:8080/fedora/get/bibliuned:flopoli-1997-numero9/Sumario>].
- Esteban, M. (2006). “Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio”, *Revista de Antropología Social*, vol. 15, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, pp. 493-496.
- Fassin, É. (2012). “La democracia sexual y el choque de civilizaciones”, *Mora*, vol. 18, núm. 1, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2012000100001&lng=es&tlng=es], fecha de consulta: 22 de noviembre de 2016.

- Flores, L. y Sobrero, V. (2011). “Subjetividad y política: consecuencias para el discurso educativo”, *Revista Estudios Pedagógicos*, XXXVII, núm. 2, Santiago de Chile, pp. 315-327.
- Karsten, Lia y Donny Meertens (1991). “La geografía del género: sobre visibilidad, identidad y relaciones de poder”, en Donny Meertens (trad.), *Documents D’Analisi Geogràfica*, núms. 19-20 [file:///C:/Users/Administrador/Downloads/41538-52569-1-PB.pdf], fecha de consulta 24 de mayo de 2016.
- Kergoat, D., F. Imbert, H. Le Doaré y D. Sénotier (1992). *Les infirmières et leur coordination*. París: Lamarre.
- Lagarde, M. (2005). *Para mis socias de la vida. Claves feministas para el poderío y la autonomía de las mujeres, los liderazgos entrañables y las negociaciones en el amor*. Madrid: Editorial Horas y Horas.
- Millet, K. (1995). *Política sexual*. Madrid: Cátedra.
- Oswald, Ursula (2015). “Paz positiva, sustentable, culturalmente diversa y engendradora”, en Eréndira Serrano, Úrsula Oswald y Diana De La Rúa (coords.), *América Latina en el camino hacia una paz sustentable: herramientas y aportes*. Guatemala: Flacso/CLAIP.
- Sabsay, Leticia (2011). *Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos aires: Paidós.
- Segato, R. (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. México: Tinta Limón.